

La filosofía correntina anida en la poética chamamecera

Por Francisco Tomás González Cabañas¹

Resumen: Si algo es inmaterial y cultural, es necesariamente lo filosófico. En guaraní, que de acuerdo a nuestra constitución y sobre todo a nuestra historia, es decir a nuestra cosmogonía, en nuestra lengua nande rekó, nuestra forma de ser tenga que ver estrictamente con el chamamé se constituye en un derecho propio de lo común y de lo colectivo que nos determina como habitantes de la “tierra sin mal”. Imprescindible resulta para el entendimiento a nivel internacional vincular lo inmaterial y cultural con lo filosófico, y que por tanto lleva como título de la presentación y de la demanda de reconocimiento “La filosofía correntina anida en la poética chamamecera”. En verdad que es un despropósito hablar de la posible filosofía provinciana de un país que no pertenezca a la fundación de occidente, si incluso sabemos que no está académicamente aceptada la categoría de filosofía latinoamericana, es una afrenta el anatematizar con “la filosofía correntina”. Sin embargo, no estamos en el claustro, ni ante la autoridad rectora, estamos en el ágora de la opinión, en el espacio donde lo pensable solo es posible si lo verbalizamos, por qué no disparar entonces con munición gruesa e ir en búsqueda de una perspectiva filosófica para nuestro lenguaje por antonomasia, que tiene su fiesta, su foro, su origen, su pasión, calor y color, pero aún le falta que la conceptualicemos para estar dentro del establishment político-cultural del mundo o del universo.

Palabras Clave: Filosofía correntina, poesía, concepto, chamamé, poder.

¹ Centro de Estudios Desiderio Sosa. Corrientes. Argentina. franciscotgc@gmail.com. ID ORCID 0000-0001-9957-6760.

La función social de las letras del chamamé. De la teoría filosófica de las letras, a la aplicación de las mismas en el campo social o en su armonía

Si el chamamé representa fidedignamente lo que siente y vivencia el hombre del litoral, sus características están concentradas, convertidas en música, en un compendio de valoraciones que tienen que ver con la valentía, las ansias de libertad (lo que denota un punto de partida donde se padece de opresión) y la condición “poriahú” o de pobreza material, de la que el chamamé hace un culto a la resignación a la misma. Creemos, consideramos y sostenemos que la interpretación musical abandona los acordes costumbristas, meramente descriptivos de los paisajes característicos, sobrevuela las desventuras del amor y las lágrimas vertidas por la añoranza, para acendrar un mensaje de unidad resignada, fidelizando el lazo sistémico entre amo y esclavo que, entre recitados y sapucay, poéticamente sostiene.

“Que importa si a la larga es de otros la cosecha” (Carli y Rosese, Mujer del litoral, fundación memoria del chamamé). “Cumple su deber, chingolito fiel...recién florece su vida, dura y áspera será, anda jugando al trabajo y rinde como el que más” (Cardozo, Peoncito de estancia, fundación memoria del chamamé). “Y casi al final del camino tengo las manos vacías...Aceptando mi destino, sin rencores ni reproches (Miqueri, Sin rencores ni reproches, fundación memoria del chamamé).

Son muy pocas las letras que tratan de cuestiones políticas o sociales, o de personalidades que tengan que ver con tales mundos. Los pocos casos son abordados muy lateralmente, por ejemplo en “Poncho celeste y vincha punzó” (Sosa Cordero, fundación memoria del chamamé) apenas se desliza el derramamiento de sangre, entre dos facciones políticas que surcaron decenas de años la realidad correntina, pero que en el chamamé se lo retrata como una versión local de *Capuletos y Montescos*. Otro tanto ocurre con “Antonio Gil” a quién se lo denomina “soldado” y “seguidor del camino de San Martín”. Relatándose su particular historia, expresa la canción “la inocencia de los pobres se llama necesidad” (Zini, fundación memoria del chamamé), que más allá de su leyenda posterior, lo cierto es que fue ultimado o ajusticiado, precisamente por rebelarse a la autoridad o no encajar dentro de lo establecido, el chamamé en este caso hablando de un tema del que no canta o canta poco, lo

hace para recordar lo mal que le fue al transgresor, al menos en la vida terrena. Con “Andresito” la letra dice así: “Para nosotros, en cambio, tu nombre seguirá siendo la sagrada rebeldía de una dignidad sin precio, que se aguanta la pobreza y sobrevive al saqueo.” (Zini, Bofill, fundación memoria del chamamé).

En la generalidad del cancionero del chamamé sobreabundan los retratos topográficos, de cada uno de los pueblos y de los parajes litoraleños, de los amores, malos y buenos, de los vínculos familiares y de la añoranza o del que está lejos. El rancho como objeto que interviene en la naturaleza, en el paisaje, lo simbólico de la pobreza bien entendida, excelsamente cantada. El alma guaraní, presente en sus leyendas, como en letra, pero conceptualmente dependiente de esa otra mundanidad, como la acontecida con Antonio Gil, acá en la tierra pierden siempre o no tienen nunca, pero en el más allá, sea celestial o en el reencarnar en un pájaro u otro animal, reinan en un futuro prometedor, en la esperanza, previa y necesaria resignación, de la que hace uso y abuso el político, que entiende que la democracia es precisamente, prometer lo que nunca será cumplido, para seguir prometiendo y haciendo desear lo que nunca se conseguirá.

A diferencia del género musical “canción de protesta”, el chamamé se ubica en las antípodas, podríamos afirmar que adquiere características, desde la perspectiva política, de un cancionero oficial o de la oficialidad, galvaniza, sedimenta y fortalece lo establecido, otorgándole el impagable servicio de haberse convertido en el narcótico más adictivo, en la anestesia más contundente para los sectores más desposeídos, marginales, para los pobres o “poriahú” a quienes les entrega, poéticamente y al ritmo musical, la resignación necesaria para que sigan siendo lo que son, sin que en la vida terrena o política hagan algo para intentar cambiarlo.

“El chamamé honra la cultura estética de todo un pueblo que debe sentirlo como parte de su identidad, puesto que encontrar un sonido musical es encontrar el sentido de una comunidad. Sonido y sentido se corresponden en tanto y en cuanto una comunidad haya sido capaz de localizar su raíz y de prolongar la misma en tallo, ramas, hojas, fruto y númenes vegetales, es por eso que este arte se transforma en el solvente en el que los correntinos, en su

condición de solutos, quedamos involuntariamente disueltos en su legado. Pero como ya sabemos, no todos los solutos se mezclan en el solvente al mismo tiempo, cada uno lleva un proceso distinto de saturación, y a su vez, deben darse las condiciones necesarias para que se lleve a cabo dicho proceso. En las personas sucede algo parecido, como ya advertimos, no en todos los correntinos se manifiesta el mismo sentimiento de pertenencia al escuchar un chamamé, ni es necesario que esto suceda, puesto que las estructuras ya están dadas, y por más que en un acto voluntario no se dé la adhesión a este legado habría que ver si con el paso del tiempo o la distancia se manifiesta y se arraiga un sentimiento superior” (Duarte y Tayar, 2003, p.20).

De eso se trata, pues sí estamos de acuerdo con Deleuze y Guattari, cuando afirman que “sí de algo se trata la filosofía es de crear conceptos, conceptos siempre nuevos” (p.12), debería ser precisamente este norte, un horizonte en donde agencemos nuestra sensación, emoción y razón de ser ante el mundo.

Hablamos de dotar a nuestro lenguaje cantado, su arqueología, su subyacencia, su sustento, una perspectiva que esté en consonancia con lo musical y lo folklórico, pero que, a su vez, brinde, aporte, ese talismán que nos dé el salto cualitativo que no se conseguirá ni con más artistas en escena, ni con más lunas chamameceras.

El mundo (recordar la valía conceptual de nuestro sincretismo cultural, culposo, aterrador, peregrino, sacrificial, del cual la música es la poesía que irradia su verdad trascendente más allá de las formas) podría estar presto a escucharnos, sería necesario que nos diéramos cuenta que podemos estar consustanciándonos en algo que verdaderamente nos lleve en un más allá del tiempo y del lugar. En verdad, recuperar esa voz primigenia de nuestros antepasados, que quizá la expresó nuestro literato correntino Martín Alvarenga, con ese principio de que “Latinoamérica empieza en Corrientes, somos la profecía y el origen...”

¿Y por qué en una investigación acerca de la música del chamamé hacemos eje en la palabra? “Cuando el Gran Padre guaraní llegó desde las tinieblas primigenias, un resplandor lo iluminaba. Luego de crear su propio cuerpo, se vio brillar en su mano el Jasuka , su Vara Insignia. Con ella, Ñanderuguasu, creó el fuego, para fervor de sus futuros hijos, y dio

nacimiento a la neblinita y al rocío, para moderar los ímpetus irracionales y lograr la perfecta maduración de los frutos. La Vara Insignia es la fecundadora de los elementos esenciales de la vida. Es la portadora del semen mítico que derramó Ñanderu, para la germinación de todo lo viviente. Decir Jasukavy, es igual que decir: levedad, sutileza, esencia del Jasuka. Es indicar que el Jasuka destila esa sustancia vaporosa, inefable y maravillosa, que se desprende tenuemente de la sagrada Vara Insignia, como una mágica llovizna sobre los hombres. Jasukavy, por lo tanto es un fluido invisible que nos protege, como un manto que ampara nuestras ansias y da impulso a nuestras ilusiones. Digámoslo al modo guaraní: "Protege nuestra palabra", porque, para el guaraní, la palabra es alma" (Yampey, 2003, p.177).

Apuntamos al alma de nuestra cultura, que es la poética chamamecera. En la magia de sus vibraciones narrativas que cantan, bailan y exclaman, anida la historia, el presente y el futuro de una comunidad que va más allá de fronteras y de tiempos cronológicos, y que finalmente la podremos vivenciar en plenitud cuando arribemos a la tierra sin mal, cuando las preguntas filosóficas se develen como canto.

La única forma que encontraron los sujetos escindidos de aquella comunidad descripta fue a través de la música que se hizo palabra. En la frontera de esa tierra sin mal alumbró el chamamé, que dividió la causa de las disputas intestinas y las pulverizó. Un canto que retumba en cada uno de nuestros próceres, de nuestros filósofos, a los que debemos decodificar mediante esta investigación, que debe seguir fundándose en palabras, de lo contrario haríamos música arriba de un escenario, pero tal talento y magia no nos fue dado.

Sabemos, intuitivamente, racionalmente, científicamente (es decir dejamos de creer que lo sabemos, para aceptar que lo conjeturamos) que de un tiempo a esta parte, la lectura es más un fenómeno de intermitencia que de continuidad. La acción que se creía, obvia e inmediata, de comprensión de lo textual, es prácticamente un milagro, excepciones que confirman la regla, establecen como axiomas incontrastables, que muy poco de lo escaso que se lee, es reutilizable en un circuito, posible o potable, para que el intercambio de posiciones, de perspectivas, de argumentos y de razones pueda generar la manifestación de lo humano en su sentido lato.



Corrientes, cuna del chamamé, por Marcelo Duarte, 1985, esmalte sintético sobre madera 122 x 122 cm

Tal como se agrupan después, las recopilaciones en lo que llaman obras completas, o estructuradas por exigencias caprichosas de los catalogadores, así como alguno pensó mediante seminarios, otro por intermedio de sus clases o conferencias y los más, a pedido de esa demanda editorial que cosificaban los pensamientos en lo que conocemos como objeto libro, no podemos desconocer, ni lo vamos a hacer ni traicionar, estos razonamientos, estas intuiciones, que bullen, que brotan de una dinámica, de una intensidad y que no pueden ni deben estar sujetas, aprisionadas, ocluidas, por determinaciones formales, por la promesa que de esta manera, serán social, académica o popularmente más aceptadas, que sí no se respetan

a sí mismas, generando incluso, una perspectiva diferente de comunicar, con el único fin, de que el ser humano, el otro como lector, tenga más sencilla, le sea más atractiva, la posibilidad de pensar, a partir de ciertas propuestas amalgamadas en una presentación como la presente.

Respetando incluso, a quiénes con el mismo ánimo, tachan el grafo, el vocablo, lo deconstruyen en su género, le agregan signos por fuera de lo semántico, no faltará quien proponga que se lea de derecha a izquierda, saltando renglones, o anulando párrafos.

Tal vez sean más interesantes, versátiles como novedosas estas invitaciones, pero en el momento en el que hemos sido arrojados a la presente existencia, creemos que sería el agregarle mayores exigencias al lector, so pretexto de quitárselas. No estaríamos logrando el cometido, irreverente por exceso, quizá, pero cometido al fin. Seguimos con la idea de comunicar, independientemente de ser indolentemente dispersos.

Sentimos desde el arbitrario alumbramiento que funcionalmente debíamos esta manifestación que llevamos a cabo, con la única intención de develar, precisamente, ese impulso intencional de ordenar, lo más sensatamente posible, sin que ello signifique perder efectividad ante los múltiples destinos o destinatarios, a los que debemos seducir, convencer y encantar, las ideas trémulas de convivir con la incertidumbre natural y de imposible control que nos asolan como humanos.

Imploramos, finalmente, que todos aquellos que tengan la posibilidad de retransmitir la retahíla de palabras presentes, puedan llevarlo a cabo, en tren de que la embarcación llamada humanidad, en la que nos encontramos, enfrenta momentos aciagos, generando que la carta de navegación con la que nos veníamos manejando dejó de ser confiable y utilizable, por tanto, entre el oleaje bravío debemos ensayar nuevas elucubraciones que determinen las funciones dentro del barco, para que luego se consensue un destino de amarre, donde tras el avistar tierra podamos desembarcar, sin tropezarnos, y despertarnos del sopor de la presente pesadilla que nos genera el no enfrentarnos a lo que no sabemos, no queremos ni aceptamos.

Hubo un tiempo en que fue necesario lo otro, en respuesta a la historia milenaria del ser. Momentos, no tan lejanos, de la diseminación. El curso, como decurso y recurso, de lo no establecido, emergió, como rizoma, desde su sentido horizontal, desde su expresividad,

ajena a toda lógica formal, a todo patrón ortodoxo, en una suerte de danza caprichosa, de manifestación de lo oculto, de lo callado, de lo obturado, por las fuerzas ciegas de las estructuras rígidas que pretendieron imponer la religión de la autoridad.

En quechua *ayñanakuy* significa pelear con palabras. Tal vez la disputa de la actualidad sea con nosotros mismos. En el salto a la ipseidad, poder comprender, asimilar e introyectar tendría necesariamente que ver con nutrirnos de aspectos, de pliegues, de bordes, que por razones que sólo la sinrazón conoce, hemos dejado de lado, al punto de que ya no nos reconocemos en los espejos de agua natural, a los que venimos envenenando con los desperdicios de nuestras repeticiones, automatizadas e innecesarias.

Escribir no es un acto individual, como en un a priori se anatematiza. Tiene que ver el acto con un primer momento, para que luego, consecuentemente, se produzca la segunda instancia, la del otro como lector. Acá no finaliza la obra, dado que la posibilidad de comprensión, de entendimiento, ofrece una relación, un vínculo, un diálogo, entre sujetos que a partir de estas acciones construyen o reconstruyen una comunidad.

Ponerle grilletos, condiciones, determinaciones, en nombre de un orden, de una amabilidad o bajo la tutela de que esos otros, a los que están dirigidas las palabras, no la entenderían si el conjunto de las mismas no lleva un apartado de conceptos claves, citas referenciadas en normas de estilo y demás requerimientos de la formalidad que ocluye y pisotea, no es más que un atentado a la manifestación de lo humano.

Necesitamos volver a pensar, a sentir, a olvidar, a equivocarnos, a dialogar, a pretender ser la comunidad en esa interacción de deseos, muchas veces contrapuestos, en tensión, en ebullición, administrando las contradicciones que amenazan todos y cada uno de los sentidos que nos demandan el silencio mórbido de la anuencia, a cambio de una aprobación, de una certificación que nos diga que lo sabemos o que somos parte de algo.

Ñandutí es una voz guaraní que significa realizar un hilado, un tejido, símil a los desplegados por una araña para confeccionar su tela. De una complejidad estética como funcional sin precedentes, tejer es enredarse en un arte que por su accionar, que no pretende un resultado o resultante, puede culminar en una parte de un vestido, de un objeto, o en el

manifestarse del ser que imita, a la manifestación viviente que hace de tal enredo, su hogar y su forma de subsistencia.

Así como otrora nos enriquecimos con el griego y con el latín, como últimamente con el francés y el alemán, no debemos perdernos la posibilidad de ser íntegros e integrar, más allá de un acto emancipador, decolonial o liberador, independientemente de qué se constituya en una práctica analéctica o exótica, la voz de las culturas, que fueron silenciadas, durante siglos por la ignorancia supina de quienes se pretendieron dueños de verdades consagradas, por el burdo hecho de estar formalmente presentadas en rigores de medios que terminaron de justificar fines (como genocidios) totalmente injustificables para lo humano, en su razón y sentir de tal.

Inseminar nuestro vínculo, abortado, interrumpido, reintroducirlo, en un contacto más dinámico y menos intermediado entre lo que queremos y lo que pensamos, es la propuesta que anida en el significante de estas palabras.

La única pretensión, que se esconde en estos grafos es la de recoger, retomar, lo que hemos olvidado, lo que dejamos, adscribiendo a la tesis que nos iría mejor si descartáramos lo que no nos sirviera, para acumular, una aprobación, un tener y contar con algo más que otro, rompiendo de esta manera, dislocando, la comunidad, destruyendo el sinsentido, más sentido y cabal, el de comunicarnos para entendernos, sin etiquetas, sin calificaciones, ni clasificaciones, sin dueños, sin amos, sin patrones.

De a poco, tendríamos que llevar a otros escenarios los escritos destinados a esas aprobaciones, que proponen relaciones desiguales de poder, en donde prevalece lo silente del pensamiento, para que el número de la nota resignifique todas y cada una de las palabras, ya para tal entonces asesinadas, por la furia individualista de quiénes tendrán el tiempo necesario para comprender de todo lo que se están perdiendo, y que hacen perder, cuando cierran y aniquilan la posibilidad de una comunidad que tenga como sensación, razón y emoción, a la palabra como talismán, de lo necesario e imprescindible de que, pese a las letras, los vocablos, sus formas, tiempos, significaciones y significantes, expresos y ocluidos, todos en definitiva y

cada uno de los que somos, hemos sido y seremos parte de esta historia de lo humano, hablamos el mismo idioma.

Kolaval (Para el pueblo Tzotzil significa gracias)

Creemos que tal como la tierra sin mal, como los ríos que bañan nuestras costas, existe una corriente de pensamiento que anida en la poética chamamecera. Para demostrar esto mismo debemos dejar en claro qué representa la posibilidad de una filosofía correntina, dado que el eje de lo filosófico siempre estuvo en Europa, sea en Grecia, como actualmente en Alemania, Francia e Italia.

Sabiduría Melódica del Trópico Sur, ensayo de Martín Alvarenga es parte de una trilogía que comenzó años atrás con "Latinoamérica comienza en Corrientes", también en clave de reflexión filosófica. La saga, fruto de más de tres décadas de trabajo literario y pensamiento crítico culmina con la obra "Imaginación filosófica". Alvarenga se propuso trazar el esbozo de "una filosofía correntina" desde una mixtura de saberes, prácticas y percepciones que tributan en el humanismo, un reconocimiento implícito del marxismo y experiencias históricas latinoamericanas como la cosmovisión aborígen o la impronta que marcó en la Iglesia Católica el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. "Mi objetivo en este tríptico está en que tomemos plena conciencia de que tenemos una filosofía propia por configurar y reconfigurar. Tan propia que incluye al pensamiento precolombino en una visión del mundo que se funda en un diálogo intercultural" (Alvarenga, 2011, p. 22).

Indudablemente, al ser atravesada por la historia, esa búsqueda de un pensamiento original que parta de nuestra realidad no podía estar exenta de conflicto. La lucha por la construcción de hegemonía en este caso se expresa frente a una elite burguesa, académica y etnocentrista en contraste con una construcción biocéntrica, que sostenga una pluralidad de modos de reflexionar el sentido de la vida según el ethos de cada cultura y de cada pueblo. En ese pensamiento se imbrican razón y emotividad desde un legado que reconoce el lenguaje como las palabras-alma de la cultura guaraní.

Alvarenga reflexiona en camino opuesto al dualismo entre cultura popular y cultura formal, entre un paradigma europeizante y el que rescata nuestras raíces para abrirnos al mundo desde todo lo que somos, pensamos y hacemos, revalorizándolo.

Esa reflexión cuenta con la valentía intelectual necesaria para proponer "una filosofía del Trópico Sur" que concentre nuestra herencia mestiza más ambivalencias históricas que nos constituyen como pueblo. Ese rescate se contraponen necesariamente al racionalismo cartesiano cristalizado en la dicotomía civilización o barbarie que durante siglos reprodujeran nuestras clases dominantes.

A lo largo de más de doscientas páginas y decenas de capítulos, Alvarenga hace gala de una honestidad a toda prueba. Su criterio personal sobre cualquier disfraz de referencia objetiva o ante la proliferación de citas. No intenta convencer, simplemente propone su punto de vista.

La posibilidad de una filosofía correntina

Partiendo de una de las aporías más decisivas de la historia de la humanidad, del discernimiento entre lo uno y lo múltiple, para el develamiento, interpretación, invención, deconstrucción, o cualquier término, por el cual hayan surgido las más diversas corrientes de pensamiento (que no dejan de ser conversaciones, concatenadas con el fin de dialogar de manera intergeneracional y corriendo lo sucedáneo del tiempo) nos encomendamos a la encomiable empresa, jactancia intelectual mediante, de invalidar la categoría de filosofía correntina como subsidiaria de una filosofía latinoamericana, no sólo desde la perspectiva etimológica, histórica y en definitiva discursiva, sino demostrando, bajo la lógica del razonamiento, arriba señalado como uno de los puntos neurálgicos del juego de conceptos de las primeras y las últimas causas, validando por ello, las infinitas filosofías que existirían, dentro de esa delimitación latinoamericana, como decena de casos puntuales de que supuestas subcategorías o no existen en cuanto tales, es decir como formando parte de un categorial que los englobe, que los enmarque (no podría nadie determinar su lazo de vinculación o pertenencia, nadie que no se pretenda dominante, como por contraposición o reacción, ante

ese predominio de la filosofía occidental, o filosofía a secas, que, per se, refiere a todas las filosofías, desde ese imperialismo intelectual, paradójicamente del que nacería ese gran concepto de filosofía latinoamericana) o existen en forma múltiple, en todas las manifestaciones que así se pretendan y que mediante el uso de la semántica así lo señalen.

La multiplicidad de filosofías dentro de lo que geográficamente se considera Latinoamérica (como todas las delimitaciones categoriales, surgidas desde los preceptos de la conquista, como más luego del sincretismo, violencia mediante) invalidan la posibilidad de la unidad pretendida por el alma académica, que obviamente actúa por instituciones y usinas de poder, que son generadas desde aquel imperialismo intelectual que se pretende, con la arrogancia del que plantea las reglas de la discursividad, como los únicos aptos para determinar cuáles son los límites del pensamiento, en el caso de que este tenga límites, claro está.

Advertir que en verdad estamos en presencia de un fenómeno de perspectiva, de pensamiento, o de como queramos llamar, que, pese a ser conquistado, en otros sentidos no ha dejado de pensar, bajo sus propios términos tan interesantes, que alguna vez podríamos caer en cuenta, que nuestro occidente en crisis lo precisa, como maná del cielo, pero que para esto debemos prescindir de sus formulismos, y por sobre todo de sus métodos y rigores, viciados de una significación que obliga al ocultamiento de lo pensable o filosofable que podríamos encontrar muros afuera de lo europeo u occidental.

“La filosofía latinoamericana no debe circunscribirse a aquellas reflexiones que solamente tienen como objeto el mundo cultural, ético, político, religioso, socioeconómico, etc., de los países de esta parte de América, aunque algunos autores con argumentos válidos también así la conciben. Por supuesto que de algún modo tienen que aflorar tales problemas en el ideario de cualquier filósofo de esta región con suficiente dosis de autenticidad. Pero el hecho de que aborde estos temas no le otorga ya licencia de conducción para las vías de la universalidad”. (Guadarrama, 2008: 3). Consideramos que más allá de la necesidad “Latinoamericana, Africana o Asiática” de reafirmar sus procesos de pensamiento, sus prioridades y por qué no con ello, la revisión de su historia con los elementos condicionares

y por sobre todo vejatorios, bajo la auto-asignación o el bautismo de sus corrientes, es una necesidad eurocéntrica que exista otro que pretenda emular, tomar de suyo, o ser parte, sin el estigma de víctima, de la que siempre, por otro lado ese occidente intrusor, se ha adueñado bajo el término del universalismo.

Finalmente y como para no adentrarnos en lo que podría significar el momento más intenso o formalmente establecido o nominalizado, en lo concerniente a la filosofía latinoamericana, que es ni más ni menos, como veremos más adelante la filosofía de la liberación, en el manual de Horacio Cerutti, *La filosofía de la liberación latinoamericana* en donde lo arriba mencionado se describe como una polémica cruzada y argumentada en textos y ponencia, por parte de Leopoldo Zea y Augusto Salazar Bondy, coincidiremos con la siguientes cita:

“Ajenas a todo fundamentalismo, las fundaciones de la filosofía latinoamericana nos revelan que no se trata de enunciar principios que enclaustran la esencia de Latinoamérica en unas formas excluyentes, sino de ejercer la razón, en sus múltiples dimensiones intelectuales, emocionales y estéticas, con el fin de comprender pluralistamente nuestro múltiple mundo cultural e histórico, y desde allí avanzar a una relación constructiva con otras civilizaciones. Si como ha señalado acertadamente Guillermo Hoyos, ‘filosofía latinoamericana significa uso crítico de la razón’, creo que con el mismo derecho podemos enunciar la recíproca y sostener que el uso público de la razón entre nosotros y de cara al diálogo con otras experiencias culturales significa filosofía latinoamericana” (Dussel, Mendieta, Eduardo y Bohórquez, 2009: 261).

Superado el obstáculo terminológico o metodológico, para asumir o no, una denominación acerca de una filosofía “patronímica”, para que la misma sea aceptada en los reductos o claustros del saber, descontamos de la necesidad de la misma, en un sentido estrictamente político (también veremos más adelante, que tanto por el eurocentrismo, Hegel, como Cerutti, hablan el primero de libertad política para el desarrollo filosófico, y el segundo el desarrollo de la filosofía de la liberación como una filosofía política) sobre todo en los supra

organismos internacionales, que regulan el derecho internacional público y privado, el contratismo social a escala universal por llamarlo de alguna manera.

Neologismos, contradictorios en sí mismos, que surgen para acendrar la necesidad de la existencia de organismos internacionales que planteen la generalidad de lo humano, a través de la fundamentación del logos como razón (valga la redundancia) fundante de lo jurídico y lo ético, que dan razón de ser a tales instituciones que se pronuncian cada tanto en documentos ceñidos, como expresiones de deseo, bajo términos categoriales provenientes de las academias que determinan la razón en sí en que deberíamos entendernos todos los seres humanos, la necesidad por tanto que la explicación o aseveración de las primeras y últimas causas, es decir la filosofía como concepto y en su ulterioridad, como piedra basal de imposiciones dialécticas que luego se transforman en imperativos de poder fáctico, existan en lugares, como Latinoamérica y África, como condición necesaria para la imposición de modelos de organización social (colectivos, por ende políticos) como de formas de vida (individuales, por ende, existenciales) cuando en verdad en la manifestación, sincretismo violento mediante, sus expresiones filosóficas (en caso de que las hubiere entendida desde el categorial de la filosofía del logos “occidentecentrista”) surgen desde manifestaciones poéticas o artísticas-danzantes. Organismos internacionales que regulan lo político, lo económico-comercial, lo vivencial (salud, expresión-comunicación, etc) amparados en la declaración de los derechos universales del hombre, acotados en sus maniobras fácticas o prácticas, por tanto que solamente condicionan desde lo teórico o teorético, por la autodeterminación de los pueblos, encuentran en el logos occidental, dialógico o que dialoga, de un tiempo a esta parte, con el oriente, adormecido o aletargado por el opio de la razón instrumental impuesta por aquel occidente en los periodos de conquista, no han resuelto este dilema trascendental que vincula dos continentes, dos expresiones de ser ante el mundo; la latinoamericana y la africana. Si bien, son dos procesos disimiles y en estadios diferentes, a través del relato filosófico, de la filosofía como discurso validante o validador para que se dispongan, supuestos derechos universales que en verdad, jerarquizan la relación entre clases distintas de hombres, que no son como las corrientes europeas de pensamiento nos quisieron hacer entender

(dominantes y dominados, opresores y oprimidos) sino más que bien, son los que vivencian la existencia, desde los límites del lenguaje, de esa construcción iniciada con los primeros filósofos griegos, a diferencia de quienes lo vivencian desde la expresión poética, fundante de las aseveraciones estipuladas más luego en esos “logos” fundante, imperantes y condicionadores.

“Apuntamos al alma de nuestra cultura, que es la poética chamamecera. En la magia de sus vibraciones narrativas que cantan, bailan y exclaman, anida la historia, el presente y el futuro de una comunidad que va más allá de fronteras y de tiempos cronológicos, y que finalmente la podremos vivenciar en plenitud cuando arribemos a la tierra sin mal, cuando las preguntas filosóficas se develen como canto.”

La noción de universalidad aplicada a lo estricta o particularmente filosófico se la debemos a Hegel, uno de los alemanes eminentes, que, si nos permite la digresión, no pueden eludir el haber conformado esa “conciencia alemana” que convalidaría con los votos, años luego, el horror plasmado con el régimen social y político más siniestro de la historia moderna. Su consideración acerca de esa universalidad la anatematiza, escindiendo, apartando, colocando en una cámara de gas, a regiones enteras del globo, precisamente a todo un continente:

“Lo que por África propiamente entendemos es la carencia de historia y...lo que todavía se halla del todo confundido con el espíritu natural, y lo que aquí debería ser mostrado como propio tan solo del umbral de la historia universal. Al sabernos ya desembarazados, de eso nos hallamos en el escenario auténtico de la historia universal”. (Hegel, 1970: 122-3).

Podríamos extendernos en otros pasajes de la obra mencionada, en donde se realizan apreciaciones antropológicas, que orillan claramente lo proverbialmente discriminador y xenófobo, de todas maneras es más interesante detenernos en esta construcción teórica de lo universal (desde ya que esta consideración proviene de la herencia inoculado por el poder del claustro, que dispuso que la primera historia de la “ciencia de la verdad” sea el Libro I de la

Metafísica de Aristóteles, como sabemos se podrían seguir escribiendo obras completa del aristotelismo en Hegel, desde la continuidad que hizo el teutón de los principios de tesis y antítesis propuesto por el estagirita como corolario simbólico de la síntesis, complementada por aquel, por ejemplo, que profundiza nuestro autor citado, desterrando de las fronteras de lo filosófico también a América:

“El nombre de nuevo mundo proviene del hecho de que América y Australia no han sido conocidas hasta hace poco por los europeos...este mundo es nuevo no solamente relativamente, sino absolutamente. Los americanos viven como niños, que se limitan a existir, lejos de todo lo que signifique pensamiento y fines elevados. Las debilidades del carácter americano han sido la causa de que se hayan llevado a América negros, para trabajos duros.” (Hegel, 1997: 170).

Finalmente y como si le cupiese algún tipo de duda a como consideraba la universalidad filosófica, nuestro autor lo deja expresamente narrado:

“En Occidente estamos en el verdadero suelo de la filosofía; allí tenemos que someter a consideración dos grandes formas, distinguir dos grandes períodos, a saber: 1) la filosofía griega, y 2) la filosofía germánica” (Hegel, 1984: 211).

El mundo americano que fuera descubierto, en virtud más por la intervención del azar como necesidad y de los caprichos de la aventura que de los progresos de una ciencia, supuestamente siempre en ciernes y brindando la posibilidad de extender la fronteras de lo humano (podríamos afirmar que un maridaje indisoluble lo constituyen occidente y la técnica que van a la postre, en una suerte de carrera, alocada, hacia una finalidad que no presenta metas precisas, ni mucho menos naturales, sino que se impostan como espejismos que sostienen aquella unión ficta) funda la nueva territorialidad bajo el imperativo categórico de lo educativo y lo político. Debemos nuevamente desandar lo que nos deja la herencia, la tradición o los cánones academicistas y a su vez, no por ello, caer en ese exotismo que esa misma academia lo tolera o acepta como excepción a la regla y que definen como multiculturalismo. Es decir, no podemos, no debemos, poner o citar a un hermano originario, autóctono o primitivo, que por tradición oral haya recibido de sus ancestros el ritual que de

acuerdo a sus concepciones del mundo lo acercaban al hombre con la eternidad, esto sólo sería un apartado menor, en un curso en una facultad europea de filosofía o antropología, la verdad correría por lo que quedó asentado, muchas veces por manos bárbaras (precisamente este término es una muestra cabal de cómo ha entendido siempre lo europeo lo ajeno y lo propio, bárbaros eran considerados los que habitaban fuera de la Roma imperial, el correrse de ese límite ya los hacía pertenecer a un submundo peyorativo) casi siempre manchadas de sangre, contaminadas por el hedor de lo peor de la condición humana, o lo que simplemente se entiende, o se trata como historial formal u occidentalmente aceptada.

No podemos apartar la mirada de los procesos de conquista, llevados a cabo siglos atrás, en nombre de la razón iluminada por la esperanza de la religiosidad e impulsada por la avidez de recursos, de extensión y expansión en ese mismo sentido “occidental” o de ese logos occidental, sin embargo, no queremos que la circunscripción de la temática nos haga salirnos de eje de lo que planteamos, más allá de esta cuestión que bien podría ser entendida como meramente historicista.

Independientemente de los millones de litros de sangre derramadas para que desde la pluma podamos expresar esto mismo, como una nimiedad en el presente capítulo de lo humano, lo cierto es que deberán ser otros, más allá de los que ya han sido, quienes consignent estos actos despreciables con la vida y con la humanidad, entendida, precisa y paradójicamente, bajo categoriales, pura y exclusivamente occidentales, dado que nuestra intencionalidad discurre por dejar en claro que pese tamaños actos de sujeción, esa misma conquista entronizada en cuerpo y alma mediante la violencia, ha hecho, que dos continentes, conquistados puedan ser sometidos filosóficamente, es decir desde la esencia misma de la identidad de sus respectivos pueblos que forman unidades políticas en donde habitan y habitaron millones de personas a lo largo de siglos.

Para dejar aún más claro el planteo, referimos que pese a la imposición, a la ocupación y a la dominación en todos los órdenes y durante siglos, no se ha podido obtener por parte de ese occidente dominador el alma, el espíritu, la esencia, o en el más griego y por ende occidental de los conceptos, la ousía de los pueblos latinoamericanos y africanos.

En un segundo paso, consignamos que si bien ambos procesos, se encuentran ante un mismo cuadro de situación, es decir el referido, no obstante ello vivencian, desde un inicio, reacciones o modos de ser ante el mundo, ante esa imposición que los modifica desde el encuentro entre las civilizaciones, sus respuestas o manifestaciones, de formas muy diferentes, muy disimiles, que son el origen de que hasta el momento muy pocos hayan reparado que en verdad se trata de situaciones que nacen y perecerán de forma igual o muy parecida.

Encontraremos finalmente que por intermedio de lo considerado desde ese occidente centrista, conquistador o modelador o impulsor de referencias obligadas, lo filosófico anida en ambos continentes en expresiones sensoriales o más vinculados a lo emocional que lo tradicional u originario del logos racional (valga la redundancia) tanto en lo poético como en lo festivo-musical. Asimismo encontraremos vinculaciones desde lo mitológico, como en lo religioso.

Jesuitas y Guaraníes, o una relación que devela la verdadera razón de ser de la conquista

Es imperioso afirmar que el proceso de coloniaje, dependencia o el férreo establecimiento del imperativo categórico de pensar como condición sine qua non, bajo la égida o la férula de conceptos eurocentristas, se da por intermedio de los supra-categoriales, dentro del campo disciplinar y académico de lo filosófico, de “Dios y Marx”. Ambas acepciones actúan como inicio o fin y por ende inmiscuidas en el desarrollo de los pensamientos o tratamientos del logos o filosofía, sobre todo en Latinoamérica. Sin pecar de historicistas, la mitad del ágora latinoamericanista obedece, cual dogma libre de raciocinio, a la existencia-presencia del dios, establecido, conceptualmente y bajo rigor espartano, por la compañía de Jesús, más conocida como los jesuitas, que extendieron la existencia del todopoderoso, más allá de la divinidad, sedimentándolo a lo largo de los siglos de la historia del pensamiento, como fuente de toda razón, entronizándolo como motor inmóvil o punto de partida inexcusable para quién se preciara, no ya de católico o cristiano, si no de partícipe de la historia de occidente, un occidente, proverbialmente europeo, que explicara por el apropiamiento de ese logos o de esa razón, lo que necesariamente debería ser creído por la

necesidad ínsita de asirse a algo que fuera al menos un poco más que la orfandad, inexplicable y nauseosa (previamente temblorosa) que precisamente, resurge o renace como reacción, histórica-política-dialéctica, por intermedio de un proyecto filosófico-materialista, ateo, por sobre todas las cosas. En relación a la obra de la Compañía de Jesús, analizada desde una perspectiva de poder, refirió Napoleón Bonaparte:

“Los Jesuitas son una organización Militar, no una orden religiosa. Su jefe es el general de un ejército, no el mero abad de un monasterio. Y el objetivo de esta organización es Poder -Poder en su más despótico ejercicio-, Poder absoluto, universal, Poder para controlar al mundo bajo la voluntad de un sólo hombre (El Papa Negro, Superior General de los Jesuitas) El Jesuitismo es el más absoluto de los despotismo -y, a la vez, es la más grandioso y enorme de los abusos-” (“Recuperado de Infonom.com”).

Esta batalla, esta disputa que bien pudo haberse desatado no ya en una facultad, sino en un aula determinada de la misma (conviniendo o recordando en verdad, que la “universitas” o el concepto educativo fue instalado también merced de la compañía de los jesuitas), se libra en los extensos terrenos de continentes, en donde lo occidental o europeo ya hizo mella a través del eufemismo del “sincretismo” que en verdad ha sido conquista a sangre y fuego, imposición categórica, que necesariamente repelió cualquier tipo de manifestación dialógica.

Queremos subrayar o no dejar de mencionar un caso específico que bien podría iluminar lo que estamos señalando, en cuanto a cómo sigue operando esa clausura occidental, como ese sometimiento arquetípico (la mayoría de los habitantes del nuevo mundo son descendientes directos de mestizos, son productos genéticos del entrecruzamiento entre conquistadores y conquistados) continúa socavando la posibilidad de enfocar lo que ha ocurrido, desde otra óptica o perspectiva.

Para aquellos que con toda lógica y razón eurocentrista puedan esgrimir que la vinculación África-Latinoamérica (desconociendo los millones de litros de sangre derramada y el sistema esclavista que sustentó el modelo económico-político-social de la conquista) es más que forzada, le brindaremos una muestra clara, que se produjo en una cultura precolombina, que fue arropada por el poder jesuita y esa interpretación que algunos, como

Leopoldo Lugones, en su obra “El imperio jesuita”, caracterizo como “comunismo teocrático”.

Es imprescindible que seamos taxativos en determinar una experiencia histórica concreta, de cómo se ha dado esta excursión imperialista, transfigurada en preceptos religioso-culturales. Sin lugar a dudas, que una de las regiones en donde los jesuitas perpetraron su inoculación de la apreciación eurocentrista de una perspectiva de vida fue en Latinoamérica, nos centraremos en especificar como dispusieron su apostolado, que no se centraba en aspectos acendrados únicamente en lo teológico-religioso, en relación a la cultura aborígen conocida como los guaraníes.



Baile de Carnaval en el Teatro Vera, por Alberto Iniguez, 1991, Óleo sobre tela, 49cm x 83cm

Los guaraníes, fueron una cultura (quedan vestigios o reductos de las mismas muy apocados en todo sentido) que habitaron el Litoral argentino y la actual República del Paraguay. El sentido del mal, antes de la llegada de los conquistadores, no estaba vinculado a un interpretación religiosa, tal como lo implementaron luego los europeos de acuerdo a las

anotaciones que se le conceden al Padre Andrés, de acuerdo al autor del siguiente texto citado:

“Los guaraníes forman una comunidad de iguales donde principia el altruismo y la distribución de los productos de subsistencia, de acuerdo a las necesidades de cada cual. Así es como se reparten lo producido en las cosechas y lo que obtienen de la caza, de la pesca y de los frutos recolectados”...Para ellos no existe la propiedad de la tierra, se la considera un bien común al cual todos tienen la obligación de cultivar y la equidad de repartir los bienes producidos; diferencia fundamental con el sistema de los conquistadores españoles que reclamaban el derecho de la propiedad privada para apropiarse de los espacios que les apetecen y, como no cultivan la tierra con sus propias manos, necesitan de vasallos para que lo hagan; nada mejor, entonces, que utilizar a los indígenas domesticados para estos menesteres” (García, 2014: 19)

Existe una figura clave en esta cosmovisión, una suerte de personaje mitológico o legendario, llamado “El Pombero”, una especie de duende, de conformación física extraña (con pies con dos talones, exageradamente bajo y con un miembro viril desproporcionado) al que le atribuían embarazos no deseados y actuaba u oficiaba como temor simbólico ante los niños, o a los que quisieran infligir la ley (es decir usando esa imagen de niños o de irresponsables a los irreverentes), de por ejemplo no salir al espacio de fuera de las aldeas, en horarios no aceptados (luego del mediodía y antes de la tarde, en la siesta, espacio que actualmente, en donde habitaron los Guaraníes, se corta aún hoy la actividad laboral y comercial y se duerme). Lo sorprendente es que esa voz, tal como expresan estudiosos a continuación, posee una base africanista.

“Para Marily Morales Segovia se originaría en la voz africana “Pomba” que identifica a un demonio femenino propio de la cultura que trajeron a estas tierras los negros esclavos de África hacia principios del siglo XVIII” (Poder Ejecutivo de la Provincia de Corrientes, 1988: 25).

Tampoco queremos sobreabundar de argumentación, pero existen religiones o cultos enteros que reflejan este sincretismo forzado, este sincretismo del dolor, o del sometimiento,

entre África y Latinoamérica, un ejemplo claro es el “Umbanda” y sus ramificaciones. Por obviedad no extenderemos su más que obvia vinculación con lo señalado, como condición necesaria y suficiente para lo expresado.

Todos los hijos de aquella circunstancia, generaciones posteriores al latrocinio, ven y sienten correr en sus venas la sangre en copula de la sinrazón que no ha dejado víctimas ni victimarios, pero que sin embargo ha dejado un modelo claro de cómo pensar el mundo y desde qué lugar incluso.

“Si la historia la escriben los vencedores” frase atribuida a George Orwell, la frase conceptual se completa con “existe otra historia de los vencidos”, tal como si fuese un estandarte de un ejército de vencedores morales, de melancólicos o románticos revisionistas, que mediante un gran esfuerzo investigativo e intelectual, se empeñan en relatar modificaciones a esa gran historia oficial, a la que suelen torcer, mediante modificaciones menores, logrando gestas apocadas que reinan en el ámbito simbólico.

Simplemente para cerrar la mención de lo Guaraní, lo canónico siempre dio por sentado o lo transmitió como verdad inexpugnable, que el proceso vivido por esta cultura, fue de alguna manera una salvación, una gracia en sus vidas, un hecho fortuito que obedecía en realidad a los indescifrables designios de un dios que lo así lo quiso.

“Entre 1537 y 1616 se registraron veinticinco rebeliones de los indios guaraní contra la invasión de la dominación española. No querer trabajar para los españoles y al mismo tiempo reafirmar sus tradiciones religiosas amenazadas, fueron las dos principales causas. El levantamiento del cacique Oberá en la región de Guarambaré, por el año de 1579, es un caso paradigmático de lo que fueron muchos de los movimientos de liberación Guaraní” (Bartomeu Meliá, 1986: 30).

La filosofía anida en el habla de los pueblos, en aquella tierra sin mal, a la que muchos, por azar o necesidad, le cantamos mediante un sortilegio de rezo que llamamos chamamé.

Conclusión

El presente documento de investigación se constituye en las bases y principios, en las síntesis fundantes o fundacionales, de una suerte de “escuela correntina de pensamiento” que surca la presente era post-atómica, post-maquinal, mediante el desandar reflexivo de un conjunto de seres humanos que, en consonancia con estas prioridades, podrán haber dado fe y testimonio de un transitar en el mundo, pretendiendo rescatar la humanidad del ser, que farragosamente amenaza con perderse del todo en los laberintos de espejos reflejados, creados por el pensamiento maquinal, de una razón instrumental que ya cortó su arraigo a lo que la tenía sujeta (el filosofar acerca de lo público, la reflexión serena de lo colectivo) a quien fuera su creador; el hombre en sentido universal.

Hubiésemos preferido escribir un extensivo y profuso análisis de lo que está sucediendo, de la gravedad en la que nos encontramos y de lo decisorio con respecto a los tiempos, ya escasos, que se avecinan, sin embargo, por esta misma razón y dando por sentado que como sujetos venimos entregando razones fundamentales que nos llevan de a poco a dejar de ser tales para convertirnos en meras marionetas de nuestros “descartes”, de los aspectos más sombríos del costado humano que han estado allí, para recordarnos lo bestia que podemos ser, quitándonos la reflexividad, y que de un tiempo a esta parte, como ya se nos alertara, hemos puesto en funcionamiento la siniestra maquinaria, que no se detendrá hasta que seamos un subproducto de ella misma, que sólo tenga sentido en cuanto consuma lo in-consumible y combustione lo in-combustionable, tenemos que verter los siguientes, siete preceptos, con lo poco que nos queda, clamando por tener cierta correspondencia, del otro lado de estas líneas, para que puedan predisponerse a la lectura, y a lo que esta estipula e impele; el pensar, serenamente, en forma reflexiva desde la condición pública o colectiva del ser humano.

1) Definimos como sujeto histórico de nuestros tiempos al pobre, al marginal, al habitante de las indignidades materiales y políticas, que sentencian y condenan a millones de seres humanos en el mundo, a que deambulen intentando sobrevivir, bajo la mirada

cómplice, por acción u omisión, cuando no perversa, de millones de otros que declaman preceptos y principios, libertarios y democráticos, que siempre anteponen un pero o una excusa, antes de entronizar esta máxima o principio: ningún sistema político, de gobierno o ideológico, llamare como se llamase, tendría que evitar, por la razón que fuese, tener como prioridad que en el menor tiempo posible, la mayor cantidad de gente, salga de su condición de pobre.

2) Compensación antes que igualdad. Durante siglos hemos creído que teníamos que ser iguales. Mucho tiempo, como tanto otro, nos llevó a comprender no sólo que esto es imposible, sino que además es inconveniente. El otro que nos funda, que nos constituye, es en cuanto a su diferencia. Respetar la diversidad de lo que no hemos sido y de lo que el otro es, no sólo exige y requiere este esfuerzo, sino que además nos pide, nos clama por entendimiento y comprensión. El sentido de justicia, de brindar cada uno lo suyo, subyace en este precepto, que variara en lo adyacente, en lo que tenga cercano. Desde la órbita pública, en los sistemas de elección política, en las instancias electorales, el voto del pobre no podrá ser de la misma magnitud que el voto del no pobre. Para tal caso, hemos desarrollado “el voto compensatorio” al que explicitamos como paradigma del valor la importancia y la prioridad que debiera tener la compensación por sobre la igualdad.

3) Desarraigo territorial. Estamos dejando de ser sujetos. Nos estamos desentendiendo de nuestros orígenes más fundamentales. No sólo que podemos ser concebidos o creados en pipetas de laboratorio o en partículas elementales de un procesador, sino que las fuerzas más cotidianas y dinámicas de nuestra actualidad trabajan en consonancia con esta disolución del concepto territorial con el que nos habíamos venido manejando desde hace siglos. No sólo los estados-nación han dejado de ser nociones prioritariamente territoriales, también el dinero y el intercambio. Lo que hasta hace poco se llamaba descentralización, pasa a ser lo difuso o difuminado. Necesitamos tener en claro que lo indiscernible es el poder, y que esta energía, si bien estuvo encapsulada o encorsetada en engranajes, a la vista y operacionales, cada vez se difumina

más, cada vez ventea con mayor solemnidad en su valiosa característica de incierta. No debemos temer, así como esto nos ha servido, como para ir comprendiendo que al “poder” no se lo puede tomar (esta la razón de la merma de gobiernos de facto y de totalitarismos expresos). Debemos dar el segundo paso mediante el pensar reflexivo, como para comprender la naturaleza indómita, más no así incomprensible (de esto se trata comprender), de la intensidad de la energía de lo humano cuando se interconecta en lo público o colectivo.

4) Ruptura de la noción clásica del tiempo. Sorteadas las trampas que nos hubimos de imponer, bajo el “aceleracionismo” y demás vertientes tendientes a exacerbar el goce que nos produce el vértigo, apelamos a la serenidad, nuevamente, para interceder ante la disputa y la tensión entre vida y muerte, en que creemos estar limitados en la tierra. Resolver esta angustia que nos produce el no aceptar que no existe tiempo, que nada ha transcurrido de hoy a ayer o viceversa, nos conducirá a una exploración con mayor posibilidad de traducción en los campos del placer. Ninguna de las relaciones fundamentales en las que constituimos nuestra sociedad tienen que ver con nuestra posibilidad de elección (familia por ejemplo; lo laboral precisamente puede que sí como que no y en esta dicotomía está su valor; amistades no, pero por algo elegimos sólo en relación al divertimento, a lo que nos permitimos) no necesitamos números para que esto se nos haga taxativamente claro. No necesitamos números, o al menos tantos, para el tiempo imposible de manejar (que nunca es), o administrarlo bajo nuestros criterios. Debemos cambiar la velocidad. La tierra que habitamos peligra en su “habitabilidad” o “sustentabilidad”, es el tiempo de que mediante el pensar reflexivo sintonicemos el reloj del sol, de la luna, de las aguas, de los vientos, si es que queremos seguir bajo el mismo y conocido cielo.

5) Vinculación entre sentido y deseo. Esperar no está relacionado con el tiempo, como irreflexivamente se puede creer. Esperar tiene que ver con que ocurra algo que a cada quién le descubra su sentido humano. Tampoco es una relación ni vertical u horizontal. Esta codificada, inscripta en una geografía, como el inconsciente estructurado

como lenguaje. Lo que sí nos compete a todos es el transitar este sendero que nos indague, fuerte como íntimamente, para que demos cuenta, primero a nosotros mismos, para luego a los demás, en relación a qué es lo que estamos esperando (como lo deseado) y sí tal espera, en esa interdicción, vale el sentido, lo cambiamos, lo modificamos y cómo nos terminamos de reconstituir en sujetos humanos dentro de una comunidad dada. Bajo esta ejercitación encontraremos cuándo lo colectivo se debe priorizar por sobre lo individual. En definitiva, cuándo lo público no absolutiza lo privado, o lo íntimo, y cuándo la libertad está en riesgo o se pretende usarla para cárcel, puñal o látigo, por un deseo enfermizo de manipulación (o de obtención de goce, desplazando con ello lo placentero), que no ha sido debidamente trabajado.

6) Campo de acción. Pensar reflexivo, que para otros puede ser filosofía, amor a la sabiduría o como nominalmente se quiera llamar. Hacemos referencia al instrumento, al detener la inercia que nos está llevando, ya sabemos dónde, para re-encontrarnos con lo humano de nuestra condición. Sacarnos los motes genéricos que nos puedan dividir por clases o números (sí amerita estas luchas, contamos con la compensación como eje rector para no caer en la trampa de lo igual como lo imposible) y ceder en lo mínimo como en lo indispensable. Este manifiesto lleva el lugar de la territorialidad de los que lo proponemos, para estar sujetos a un origen, que si bien no ha sido elegido, radicalmente es, nos constituye, y por ende de alguna manera nos determina, nos delimita. Bajo esta demarcación actuamos. Desde aquí surge la invitación, para que en todas las aldeas, este manifiesto, esta escuela correntinista de pensamiento, tenga sus objeciones, sus correspondencias, sus señalamientos, sus caracterizaciones, tenga, en definitiva, el único producto de lo humano que es tal: el pensamiento. Todo lo que se genere después, será un mero sucedáneo, y como tal secundario. Dependerá de quiénes lo lean y por sobre todo lo que hagan con estas líneas, cómo, cuándo y porqué las repliquen en la medida que consideren en el ejercicio voluntario del pensar reflexivo al cual apelamos, bajo nuestra condición de hermanos.

7) “Somos plantas que deben salir con las raíces de la tierra para poder florecer en el éter y dar fruto”, expresaba el poeta Hebel. De nuestro hogar, de la tierra que nos germinó (de la que previamente hemos sido arrojados) toda una civilización preexistente, llegó a estos confines en busca (de lugares lejanos) de una cosmovisión que dieron en llamar: “La tierra sin mal”. Ellos decían que hacia allí vamos, pero que para comprender tal circunstancia se debería, eso lo intentaron, tener una réplica de aquello, aquí en nuestros lugares, en el aquí y en el ahora. Sus tesoros más preciados los inscribieron en su habitar poético, de danzas y poesías, que más luego, y siempre más luego, se correspondían con una organización social y política, de la que no la escribieron bajo nuestros términos, para que la descubramos, para que tengamos esa experiencia de lo humano, que nos espera, que es nuestra posibilidad, como nuestro derecho, o mejor dicho una obligación con lo que somos, en el espíritu irreductible de lo pensado, serena como reflexivamente, en el hogar de todos, sin exclusiones, ni apremiantes tiempos, en donde en el caso de que lo deseemos, cobrara el máximo de los sentidos el que unos a otros nos digamos; bienvenido

8) En cada una de las letras de nuestros distintos chamamés se encuentra la esencia de las vivencias de lo que hemos sido, somos y seremos.

Proponemos a partir de estas palabras encorsetadas en una investigación que el chamamé también sea pensado y analizado, como occidente lo hace con sus textos clásicos y académicos. En nuestra poética chamamecera anida la potencia exultante como tímida, valiente y temerosa a la vez, de lo insondable de nuestra esencia de sujeto y de pueblo.

El chamamé significa y representa la tierra sin mal hasta el día en que a ella volvamos, para constituirnos en la memoria inacabada de un transitar sin destino ni regreso.

Bibliografía

Alvarenga, M. (2011). *Sabiduría Melódica del Trópico Sur*. Corrientes. Moglia Ediciones.

Aristóteles. (1986). *Libro VII, Metafísica*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Bartomeu Meliá. (1986) *El guaraní conquistado y reducido*. Asunción: CEADUC.

Cerutti, H. (2005). *La filosofía de la liberación latinoamericana*. México. Fondo de cultura económica.

Duarte F, & Tayar, M. (2003). *Ser correntino. Una manifestación artística de nuestra identidad*. *Revista cotidaneidades- 12*, 23-24.

Deleuze, G. & Guattari, F. (1993). *¿Qué es filosofía?* Barcelona: Anagrama.

Dussel, E. Mendieta, E. & Bohórquez, Carmen. (2009). *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y latino": historia, corrientes, temas y filósofos*. México: Siglo XXI.

Dussel, E (s.f.) *Retos Actuales A La Filosofía De La Liberación*. Disponible en internet en: <http://www.olimon.org/uan/retos-dussel.pdf>

Fundación memoria del Chamamé. Web: <http://www.fundacionmemoriadelchamame.com/letras/>

García, R. (2014). *Misiones la república utópica de los jesuitas*. Posadas. Editorial La Impresión.

Guadarrama González, P. (2008). *La conflictiva existencia de la filosofía latinoamericana*. Disponible en “<http://www.revistadefilosofia.org>” [consultado el 15 de marzo de 2015].

Hegel, G. (1970a). *Filosofía de la Historia*. (Brunstäd). Barcelona: Ediciones Zeus.

Hegel, G. (1984b). *Introducción a la historia de la filosofía* (Primera parte de las Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie). Buenos Aires: Aguilar.

Hegel, G (1997c) *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Tomo I. Barcelona: Ediciones Altaya.

Mariño Díaz, L (2012). *La educación filosófica como experiencia y posibilidad*. *Praxis & Saber*. Vol. 3. Núm. 5. p 194.

Segovia, M (1988). *El pombero un héroe moderno*. Corrientes. Poder Ejecutivo de la Provincia de Corrientes, secretaria de cultura.

Pulido Cortés, O. (2009). *Aprender y enseñar filosofía en el mundo contemporáneo: de la mercantilización del pensamiento al despliegue de su ejercicio*. Revista Cuestiones de filosofía, 11. Tunja, Colombia.

Rouillon Duarte, G. (2013). *Mariátegui, suscitador de peruanidad*. Lima: Fondo Editorial de la UMNSM. p 9.

Subcomandante Marcos (s.f). “Siete piezas sueltas del rompecabezas mundial”. [Artículo digital] Biblioteca digital. Disponible en internet en “<http://www.cgt.es>” [consultado el 24 de marzo de 2015].

Yampey, G. (2003). *Mitos y leyendas guaraníes*. Asunción. Editorial Manuel Ortíz Guerrero.